

Edición 2

## I. UNA VISIÓN PANORÁMICA

Es cosa admitida en el mundo académico que no se puede entender la economía sin conocimiento de su historia. Y sin embargo, por razones nada difíciles de averiguar, la historia de las ideas económicas nunca ha sido un campo popular de estudio ni en todo caso ventajoso. Existen al respecto muchos libros de no poco mérito académico y todos los economistas tienen contraída una considerable deuda con sus autores. Pero hasta los mejores, en su esfuerzo por alcanzar la excelencia académica o a fin de protegerse de la crítica profesional, han prodigado su atención no sólo a los temas importantes, sino también a los secundarios. No han querido correr el riesgo de que se les imputara haber pasado por alto tal o cual observación formulada por Adam Smith, David Ricardo o Karl Marx, y a raíz de ello, las ideas realmente decisivas, acertadas o erróneas, con frecuencia se han perdido en el montón; de ese modo, ha llegado a quedar oscurecido lo que hoy continúa siendo de interés o de importancia.

Y hay todavía otro problema aún más serio: gran parte de estas obras, quizá la mayoría, han supuesto que las ideas económicas están dotadas de una vida y de un desarrollo propios. Los progresos en la disciplina se dan en un ámbito abstracto: mientras un estudioso revela un talento indiscutible para la innovación, otros se dedican a corregir y prolongar sus trabajos, sin que ninguno haga referencia directa al marco general y concreto de la economía.

De hecho, las ideas económicas siempre son producto de su época y lugar; no se las puede ver al margen del mundo que interpretan. Y ese mundo evoluciona, hallándose por cierto en continuo proceso de transformación, lo cual exige que dichas ideas, para conservar su pertinencia, se modifiquen consiguientemente. En los últimos cien años, la vida económica se ha visto radicalmente alterada, y hasta revolucionada, por todo un gran conjunto de facto-

F0797

U. S. Library of Congress

res, a saber, el surgimiento de las grandes sociedades anónimas, el sindicalismo, la depresión y la guerra, el incremento y difusión de la prosperidad, la naturaleza cambiante del dinero, el papel nuevo y poderoso del banco central, la pérdida de protagonismo de la agricultura paralela a la urbanización y el incremento de la pobreza en las ciudades, la aparición del estado de bienestar, las nuevas responsabilidades de los gobiernos en lo referente al funcionamiento general de la economía, y finalmente, la implantación de los estados socialistas. Así como ha ido transformándose el mundo económico, debe también ir cambiando necesariamente la economía en tanto que materia de estudio.

Pero en el mejor de los casos las transformaciones de la economía han sido de difícil gestación y sólo se han aceptado con renuencia. Quienes se benefician del *status quo* se oponen al cambio, y también aquellos economistas que tienen intereses creados en algo que siempre han enseñado y creído. A estas cuestiones me referiré luego nuevamente.

Debe reconocerse además que mucho de cuanto se ha escrito sobre historia de las ideas económicas es soberanamente aburrido. Un número considerable de estudiosos, sin distinción de sexos, opinan que cualquier esfuerzo afortunado por hacer las ideas animadas, inteligibles e interesantes es síntoma de deficiente preparación. Y éste es un baluarte en el que normalmente se refugian quienes sólo mantienen un mínimo de coherencia.

De los párrafos precedentes se desprende mi propósito al emprender esta historia. Procuero concebir la economía como un reflejo del mundo en el que se han desarrollado ideas económicas específicas: las de Adam Smith en el contexto del primer trauma de la Revolución industrial, las de David Ricardo en las etapas posteriores y más maduras de la misma, las de Karl Marx en la era del poderío capitalista desenfrenado, las de John Maynard Keynes como respuesta al implacable desastre de la Gran Depresión. Con respecto a aquellas épocas o sectores en los cuales hay poco de interés a la vista y menos aún susceptible de ser descubierto en la vida económica, como en los tiempos anteriores al surgimiento del capitalismo o en las economías de subsistencia actuales, me he resignado a esa circunstancia. En efecto, las ideas económicas no son muy importantes allí donde no hay economía.

No soy contrario, ocasionalmente, a abordar detalles periféricos en el desarrollo del pensamiento económico si éstos añaden algo de interés a la historia. Pero mi principal preocupación es aislar y destacar la idea o ideas centrales de cada autor, escuela o época, y fijar la atención, sobre todo, en aquellas que tienen consecuencias duraderas y vigencia actual. En cambio, trato escrupulosamente de ignorar todo lo transitorio, al igual que cualquier cuerpo de conocimientos integrante de la corriente principal que no altere ni desvíe significativamente el curso de la misma.<sup>1</sup>

Dado que ésta es una historia de la economía, y no meramente de los economistas y de su pensamiento, voy más allá de los eruditos y de su erudición para referirme a los acontecimientos que conformaron la materia. Y en caso necesario, aludo a sucesos que plasmaron la historia de la economía cuando no había economistas. El siglo pasado, como veremos, fue en Estados Unidos una época de intenso debate económico sobre la banca, la política bancaria, el dinero y la política monetaria, el comercio internacional y la política arancelaria. Pero sólo de manera muy tardía, en las últimas décadas, apareció un número apreciable de economistas capaces de dirigir el debate o por lo menos de participar en él. Si en esta historia me limitara a la expresión formal del pensamiento económico, ignoraría con ello una corriente rauda y caudalosa en el flujo de las ideas económicas.

Ya he dicho que las obras, o muchas de ellas, han sido aburridas y a veces ostensiblemente oscuras. No creo que esto sea necesario. Tanto las ideas centrales como su marco de referencia rebosan de interés; han retenido el mío durante más de medio siglo, desde mi primer contacto en la Universidad de California en Berkeley, allá en 1931, bajo la orientación de dos persuasivos profesores, Leo Rogin y el imponente Carl C. Plenh.<sup>2</sup> Me inclino a pensar que pueden resultar del mismo grado de interés para otras

1. Por ejemplo, no me ocupo con detalle de John Stuart Mill, figura de indiscutible importancia, pero completamente dentro de la corriente principal. Y paso por alto, sin más, a los grandes autores alemanes que se ocuparon de la historia económica durante el siglo pasado sin llegar a influir gran cosa en su desarrollo, si bien debo confesar mi falta de interés en su obra.

2. Mi entusiasmo se vio luego incrementado por las enseñanzas recibidas de cuatro viejos catedráticos de Harvard, a saber, C. J. Bullock, hombre de poderosas convicciones precámbricas, A. E. Monroe, Overton Taylor y, sin lugar a dudas, Joseph A. Schumpeter. Tal vez se me permita añadir algo más. La vida sistemática de la ciencia económica tiene, a partir de Adam Smith, no más de doscientos años. Con cierta sorpresa constato que he tenido una presencia profesional y he conocido a la mayoría de los autores durante la cuarta parte de todo ese período.

personas. Y no se trata de asuntos que pongan a prueba la comprensión del lector. Como ya he sostenido en ocasiones anteriores, no hay en materia de economía proposiciones útiles que no puedan formularse con exactitud en el lenguaje corriente, sin florituras y sin necesidad de artificios.

Debo ahora referirme brevemente a la utilidad práctica de la historia, y concretamente, de una historia como ésta. Mi tesis al respecto debe formularse con cuidado.

Todos estarán de acuerdo en que la economía, tal como hoy se la teoriza, alienta una obsesiva preocupación por el futuro. En Estados Unidos, cada mes, supuestas autoridades en teoría económica se desplazan por la nación para exponer sus opiniones acerca de la perspectiva económica, y también sobre las previsiones sociales y políticas. Miles de personas los escuchan. Los ejecutivos o sus empresas pagan elevadas sumas por el placer de oírlos, lo cual no impide que, si la prudencia los asiste, interpreten los conocimientos así adquiridos con un inteligente escepticismo. En efecto, la característica más común del futurólogo económico no es la de saber, sino la de no saber que no sabe. Su máxima ventaja es que todas las predicciones, acertadas o inexactas, se olvidan con rapidez. Hay demasiadas, y si pasa un lapso de tiempo razonable no sólo se habrá perdido la memoria de lo dicho, sino que habrá desaparecido también un apreciable número de quienes las formularon o escucharon. Como dijo Keynes, «a largo plazo todos estaremos muertos».

Si el conocimiento económico fuera impecable, el sistema económico vigente en el mundo no socialista no podría sobrevivir. Si alguien pudiera saber con precisión y certeza qué había de suceder con los salarios, los tipos de interés, los precios de los bienes, el desempeño de diferentes empresas e industrias y los precios de valores y títulos, se trataría de una persona privilegiada que no tendría ningún interés en transmitir o vender su información al prójimo, sino que la utilizaría en su propio beneficio. En un mundo de incertidumbre, su monopolio de la certeza sería supremamente rentable. Pronto estaría en posesión de todos los bienes intercambiables, mientras que cuantos se vieran enfrentados a semejante conocimiento tendrían que sucumbir. Dios nos aguarde que alguien tan bien dotado fuera socialista. En realidad, el sistema económi-

co moderno sobrevive, no a causa de la excelencia de la labor de quienes pronostican su futuro, sino gracias a su inquebrantable tendencia al error.

Sin embargo, hay una posibilidad de redención: vale la pena tratar de entender el presente, pues el futuro inevitablemente conservará elementos importantes de lo que hoy existe. Y el presente, a su vez, es un producto directo del pasado. Como se verá en las páginas siguientes, lo que actualmente creemos en materia económica tiene raíces profundas en la historia. Sólo en la medida en que dichas raíces son objeto de la comprensión, sólo si se dirige la vista al pasado en materia de precios y producción, empleo y desempleo, distribución de la renta y de la riqueza, ahorro, banca e inversión, y la naturaleza y promesas del capitalismo y el socialismo, sólo entonces podrá entenderse el presente, y por tanto, con muchas limitaciones, se atisbará con algún tino el futuro. Tal es la comprensión a la que se dedican estas páginas.

Pero no de forma exclusiva. No todo ha de medirse con una vara rígida y utilitarista. Hay en estas cuestiones, o por lo menos debería haber, margen para un deleite puramente desinteresado. La historia a la cual me refiero aquí es, según quisiera creer, interesante por sí misma. Ofrece múltiples aspectos, tanto en los hechos intrínsecos como en el carácter absurdo que éstos a veces presentan, aptos para incitar y deleitar a una mente curiosa. Mucho sentiría, por cierto, que estas páginas no llegaran a provocar reacciones de esa índole.

Ahora, ha llegado el momento de abordar brevemente la naturaleza y el contenido de la economía propiamente dicha.

«La economía política —dijo Alfred Marshall, el gran maestro de la Universidad de Cambridge cuyo libro de texto fue el faro orientador y a veces la desesperación de muchas generaciones de estudiantes universitarios a principios de este siglo— estudia la humanidad en las actividades ordinarias de la vida.»<sup>3</sup> Éste es un ámbito de estudio sumamente amplio, pues no hay mucho en el comportamiento humano que pueda excluirse como irrelevante. Pero a los fines prácticos, la investigación y el interés debe limitarse sólo

3. Alfred Marshall, *Principles of Economics*, octava edición (Londres, Macmillan, 1920), vol. I, pág. 1.

a aquellos interrogantes más comunes. Y debemos tener en cuenta que estos interrogantes adquieren mayor o menor urgencia según varían las circunstancias predominantes y a medida que van pasando los años.

En todo análisis económico y en toda enseñanza de la disciplina es crucial preguntarse qué es lo que determina los precios de los bienes y servicios. Y cómo se distribuyen los beneficios de esta actividad económica. Y qué es lo que determina la participación de los salarios, los intereses, los beneficios, y asimismo, aunque de manera menos precisa, la renta de la tierra y de otros medios fijos e inmutables utilizados en la producción.

A lo largo de la vida moderna de la economía, estos dos temas, la teoría del valor y la teoría de la distribución, han polarizado el máximo interés. Todavía hoy se considera que la economía llegó a su madurez cuando estas dos cuestiones fueron tratadas sistemáticamente a fines del siglo XVIII, principalmente por Adam Smith. Pero aquí, en el meollo mismo del asunto, se han producido cambios formidables en un contexto también cambiante. En tiempos remotos, como veremos después, ni los factores determinantes de los precios ni los que fijaban los niveles salariales, los tipos de interés u otros factores distributivos tenían mayor importancia. Dado que la producción y el consumo tenían por centro la unidad familiar, no había necesidad de una teoría de los precios, y con esclavos, no era indispensable una teoría de los salarios.

En épocas muy recientes, aunque el cambio de cuestión no ha sido reconocido por los economistas más escrupulosamente convencionales, ha vuelto a declinar la importancia de la determinación de los precios y de los factores que condicionan la distribución del producto. Los precios, en una sociedad pobre o de escasos recursos, corresponden a los artículos de primera necesidad, y el precio del pan determina en gran medida el nivel de alimentación popular. En cambio, tratándose de un mundo generalmente próspero, si el precio del pan es elevado, se renuncia a algún otro bien de poca importancia para poder comprarlo, o bien se consume otro alimento en su sustitución. En la actualidad, muchas compras, y el consumo correspondiente, son de escasa significación en comparación con el pasado. Lo mismo ocurre con los precios. Una vez más puede advertirse la necesidad de colocar cada cuestión en su marco de referencia.

Junto con lo que determina los precios y la distribución están

los demás temas capitales. El primero de ellos es cómo se difunde o concentra el ingreso nacional distribuido bajo la forma de salarios, intereses, beneficios y rentas, o sea, en qué medida es o no equitativa la distribución de la renta. Las explicaciones y racionalizaciones acerca de la desigualdad resultante han sido durante siglos la tarea de algunos de los talentos económicos más grandes e ingeniosos. En casi toda la historia de la economía, la mayoría de la gente ha sido pobre, mientras que unos pocos han sido muy ricos. En consecuencia, se ha planteado la imperiosa necesidad de explicar por qué sucede esto, y, frecuentemente, por qué *debe ser* así. En tiempos modernos, con el incremento y la generalización de la prosperidad, los términos de la cuestión se han modificado considerablemente. Y sin embargo, la distribución de la renta sigue siendo la cuestión más delicada que tratan los economistas.

En segundo término, la economía se ocupa de los factores que conducen a un mejor o peor funcionamiento económico del conjunto social. En un principio se trataba de investigar qué factores perjudicaban o mejoraban el estado de los negocios, como entonces se decía. Ahora, en cambio, se hace referencia a los elementos que restringen o estimulan el crecimiento económico. Y a los que causan fluctuaciones, ya sean rítmicas o de otra índole, en la producción de bienes y servicios. También aparece hoy el problema urgente, aunque relativamente nuevo, de por qué es imposible en la economía moderna encontrar empleo útil para mucha gente dispuesta a trabajar. En el siglo XIX, apenas se hablaba de paro; sólo en nuestro siglo la dificultad de asegurar un suministro adecuado de bienes se ha visto desplazada por la dificultad mucho mayor, y mucho más discutida, de hallar empleo apropiado para el mayor número posible de personas en la producción de bienes.

Paralelamente a todas estas cuestiones, hay que considerar las instituciones implicadas en la actividad económica, o sea, en la producción y fijación de precios de bienes y servicios, y en la distribución de los resultados de las transacciones. Se trata del papel de la empresa comercial, grande y pequeña, y de la banca, el banco central, el dinero en sus diversas formas y funciones, y los problemas especiales del comercio internacional. Sin olvidar a los gobiernos y a las políticas que éstos aplican, pues las mismas influyen, en mayor o menor medida, sobre todos los procesos e instituciones mencionados.

Finalmente, y de manera menos específica, debe considerarse el marco de referencia político y social más amplio en el cual se desenvuelve toda la vida económica. Aquí cabe aludir a la naturaleza y eficacia respectivas del capitalismo, de la libre empresa, del estado de bienestar, del socialismo y del comunismo. Con respecto a estas cuestiones, según puede observarse, la economía experimenta una modificación radical. Deja de constituir un tema desapasionado, supuestamente científico, para convertirse en el teatro de agrias polémicas. El investigador más imparcial, el directivo más rabiosamente pragmático, o el político menos propenso a cualquier proceso intelectual elitista, todos reaccionan con una pasión visible e incluso violenta. Este tipo de reacción es el que procurará evitar esta obra.

Todos estos problemas, las soluciones propuestas y los cursos de atención pública o privada que se preconizan, constituyen el tema de la historia del pensamiento económico. Obvio es decir que el punto de partida obligado para cualquier estudio de dicha historia se encuentra en el mundo clásico.

Solilla 2

## II. DESPUÉS DE ADÁN

Puede ocurrir en cualquier período determinado una ausencia de respuestas a los interrogantes del capítulo anterior porque el pensamiento económico no ha alcanzado el grado de sutileza requerido. También puede suceder que la ausencia de respuestas obedezca a que los interrogantes aún no se han formulado. Con ilustres excepciones, la mayoría de los historiadores de la teoría económica han atribuido la falta de respuestas a la primera de esas deficiencias. Corresponde atribuirle un papel más importante a la segunda.

En tiempos de las *polis* griegas y del imperio ateniense y luego en la época romana, muchos, si no la inmensa mayoría de los problemas mencionados, no existían siquiera. La actividad económica básica era tanto en Grecia como en Roma la agricultura, la unidad de producción era el hogar, y la fuerza de trabajo era los esclavos. La vida intelectual, política y cultural, y en buena medida la vida residencial, se concentraban en las ciudades, y por eso la historia de aquel período es la historia de los centros urbanos: Esparta, Corinto, Atenas y, sobre todo, Roma. Pero las ciudades de la antigüedad, grandes o, como solían serlo, bastantes pequeñas, con excepción de Roma y de unas pocas urbes italianas, no eran centros económicos en su significado actual. *Había* mercados y artesanos, en su mayoría esclavos, pero poca actividad industrial en el sentido que hoy se atribuye al término.<sup>1</sup>

El uso o consumo de bienes —viviendas elementales, alimentos básicos, tal vez ciertas bebidas elaboradas, algunos tejidos y poco más— era infinitesimal, salvo para una reducida minoría gobernante. Y para esta minoría, el principal consumo consistía en

1. David Hume no podía «recordar un solo pasaje, en ningún autor antiguo, en donde se atribuyera el crecimiento de una ciudad al establecimiento de una manufactura». Citado en M. I. Finley, *The Ancient Economy* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1973), pág. 22.